

Socialismo: realidad y utopía

Adolfo Sánchez Vázquez

Más allá del “socialismo real”, practicado en los países de Europa del Este, Cuba y China, existe una necesaria revaloración de los postulados del marxismo a partir de las profundas desigualdades sociales que aquejan a nuestro mundo. Adolfo Sánchez Vázquez nos ofrece desde su atalaya teórica, una visión al mismo tiempo crítica y renovadora del socialismo y sus posibilidades para el futuro.

I

Mi formación ideológica y política, desde mi juventud, siempre estuvo inspirada por el ideal del socialismo. Lo que me llevó a él no fue una reflexión teórica sobre la estructura económica y social del capitalismo, sino una pasión de justicia ante las injustas condiciones de vida de los trabajadores y campesinos andaluces; una pasión de justicia que se avivaba ante las tímidas reformas sociales de la República Española, recién proclamada. Y esa misma pasión fue la que me decidió a ingresar en la organización juvenil comunista que luchaba por una alternativa social —el socialismo— en la sociedad injusta en que vivía.

La idea del socialismo que yo tenía, con base en algunos textos de Marx y de Lenin, era la de una nueva

sociedad en la que, tras la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción, encontrarían solución los grandes males sociales del capitalismo: la explotación, la desigualdad social, la falta de democracia y de libertad —por ser éstas puramente formales—, el desempleo, etcétera.

Tomando en cuenta la experiencia histórica de la Revolución Rusa de 1917 como revolución proletaria y socialista, el socialismo ya no era sólo una idea, un proyecto de emancipación del proletariado, sino una idea o proyecto de socialismo en el proceso real de su construcción que, en aquellos años de mi militancia juvenil comunista, se presentaba como la construcción de la base económica, industrial del socialismo “en un solo país”: la Unión Soviética. Este proceso de construcción del socialismo se llevaba a cabo, de acuerdo

con las ideas de Lenin y de Stalin, bajo la “dictadura del proletariado” ejercida por su destacamento de vanguardia: el Partido Comunista de la Unión Soviética. Este proceso de construcción —según se proclamaba oficialmente— llegó a su fin a mediados de los años treinta y así quedó establecido en la Constitución soviética de 1936. El socialismo ya no era sólo una aspiración, un proyecto, sino una realidad. Y con ella se proclamaban, asimismo, los logros alcanzados en las condiciones de vida del pueblo soviético y la transformación de un país atrasado en una potencia industrial mundial. Y en cuanto a su proyección exterior, la Unión Soviética se presentaba como la “patria del proletariado” justamente por la realización del socialismo y, por ello, como la encarnación de los intereses de los trabajadores del mundo entero, lo que, en virtud del “internacionalismo proletario”, obligaba a todo revolucionario a la adhesión incondicional a la Unión Soviética y a supeditar todo interés particular o nacional en el movimiento comunista mundial, al interés de la Unión Soviética como “patria del socialismo”.

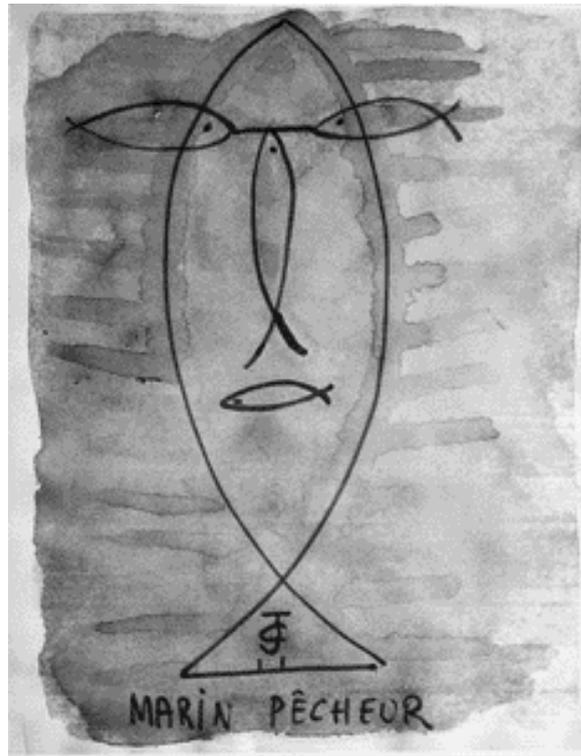
Esta idea de la Unión Soviética y del consecuente deber revolucionario de defenderla ante el acoso —y la amenaza de una guerra contra ella— por parte del capitalismo, era compartida no sólo por el movimiento comunista mundial, sino también por amplios sectores de la izquierda y por destacados intelectuales de la época de renombre internacional, en las asociaciones que se conocían como “Amigos de la Unión Soviética”.

Las críticas a la Unión Soviética no sólo de los ideólogos reaccionarios del capitalismo y de los sectores liberales, burgueses, sino también dentro de la izquierda, eran rechazadas categóricamente. Estas últimas eran consideradas como críticas que hacían el juego al enemigo, y en el caso de los trotskistas, como críticas al servicio de él.

Ninguna crítica mellaba la convicción de los comunistas de que toda crítica, cualquiera que fuera su intención o su contenido, a la Unión Soviética, sólo podía favorecer al capitalismo.

II

Una serie de hechos históricos venían a fortalecer nuestra fe en la Unión Soviética: su deslumbrante desarrollo económico en los años treinta cuando el capitalismo no se reponía aún de los devastadores efectos de la crisis de 1929 en los Estados Unidos, así como la firme posición soviética contra el expansionismo de la Alemania nazi, en contraste con las concesiones y claudicaciones de las potencias “democráticas” occidentales. En mi caso personal, me produjo también una profunda



Jusep Torres Campalans, *Marin pêcheur*, 1911

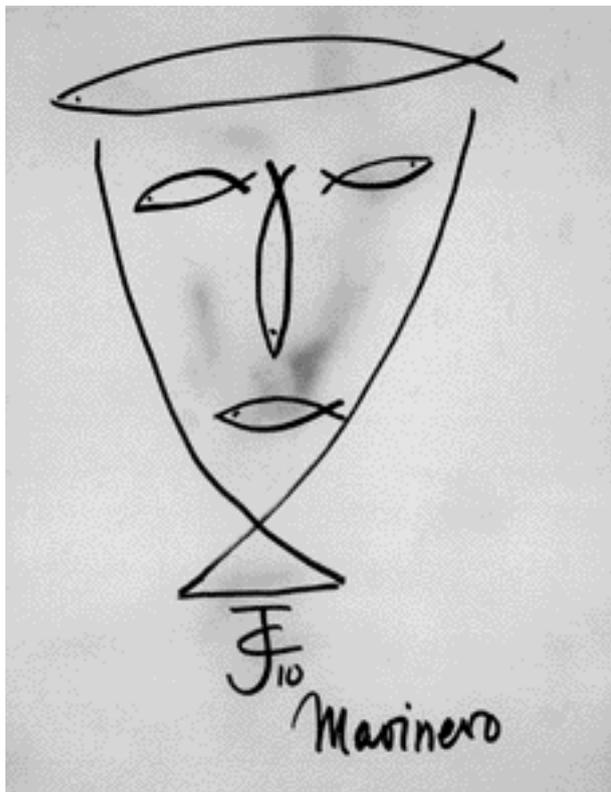
impresión, que reafirmó aún más mis convicciones comunistas de entonces, el ejemplo del dirigente del Partido Comunista búlgaro, Georg Dimitrov, acusado del incendio del Reichstag, al enfrentarse al tribunal nazi y convertirse de acusado en implacable acusador.

Acontecimientos posteriores vinieron a reforzar aún más el prestigio de la Unión Soviética: la ayuda militar —con armamento y consejeros— a la República Española durante la Guerra Civil, en contraste con la hipócrita actitud “neutral” de las democracias occidentales, ayuda que considerábamos generosa y desinteresada. Pero, sobre todo, el papel decisivo del Ejército Rojo y del sacrificio del pueblo soviético en la derrota del nazismo, elevaron enormemente ante nuestros ojos el prestigio de la Unión Soviética, y el de sus dirigentes, encabezados por Stalin.

Consecuentemente, los militantes comunistas del mundo entero quedábamos convencidos de que la Unión Soviética, justamente por su sistema social socialista, pudo terminar victoriosamente la guerra que le había impuesto el nazismo. Y a este socialismo soviético permanecemos fieles en los años restantes de los cuarenta y de la primera mitad de la década de los cincuenta.

III

Una serie de acontecimientos posteriores vinieron a quebrantar primero y a destruir después la imagen de la Unión Soviética como “patria del socialismo”.



Josep Torres Campalans, *Marinero*, 1910

El primero fue el Informe de Nikita Khrushchev, Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en el XXII Congreso de este partido, en marzo de 1956. En él se denunciaban con abundancia de datos los crímenes de Stalin, de los que habían sido víctimas millones de ciudadanos soviéticos y, entre ellos, un alto porcentaje de comunistas. En el Informe se denunciaban, asimismo, los métodos despóticos de dirección de Stalin. Aunque el Informe era secreto, pronto trascendió provocando conmoción, y desconcierto, sobre todo en las filas comunistas.

La pregunta que muchos nos hacíamos era simplemente ésta: ¿cómo se pudo desatar aquel terror masivo y ejercer aquel despotismo al concentrarse el poder en un solo hombre, Stalin, y todo ello en nombre del socialismo?

Khrushchev en su Informe no daba respuesta a esta cuestión: se limitaba —con gran valentía, por supuesto— a describir los hechos y a expresar su indignación. Una explicación se intentó poco después con una Resolución del Comité Central del PCUS, que atribuía todos los males denunciados al llamado “culto a la personalidad”, o sea, culto a Stalin.

A mí, como a muchos otros, no me parecía convincente esta explicación que entraba en contradicción con el papel que el marxismo atribuye al individuo en la historia. Por otra parte, la citada Resolución, aunque reconocía los “errores” de Stalin, no dejaba de señalar sus méritos, todo lo cual me parecía que soslayaba la explicación de los monstruosos crímenes de Stalin y,

sobre todo, el que se hubieran dado en un país socialista. La vinculación del socialismo con este país y los países del entonces llamado “campo socialista”, aunque no la abandoné, quedó un tanto quebrantada.

Un segundo acontecimiento, que tuvo lugar poco después y que alimentó mis dudas sobre la “patria del socialismo”, fue la insurrección obrera en Budapest, Hungría, contra su gobierno socialista.

Y de nuevo la pregunta inquietante: ¿cómo podían levantarse los obreros contra un gobierno que, por ser socialista, tenía que representar y defender sus intereses?

Aunque el gobierno norteamericano —en plena “Guerra Fría”— trataba de beneficiarse al denunciar la intervención soviética en ayuda del gobierno húngaro, aquella insurrección no podía calificarse —como la calificaban los soviéticos— como una “contrarrevolución” dirigida por los Estados Unidos. Era para mí una revolución contra las deformaciones burocráticas del socialismo que, sin embargo, no ponían en cuestión la naturaleza socialista de la Unión Soviética.

Así me pareció entonces, no obstante las dudas y perplejidades que me inquietaban.

Un tercer acontecimiento que alimentó también estas dudas y perplejidades fue el triunfo de la Revolución Cubana que pronto se declaró socialista sin que se cumplieran las condiciones señaladas por el marxismo clásico, y sostenidas dogmáticamente por los ideólogos soviéticos, a saber: el papel determinante en ella de la clase obrera bajo la dirección del Partido Comunista.

Se daban así, como demostraba esta experiencia histórica, una revolución y un socialismo, no calcados de la Revolución Rusa y del socialismo soviético; eran posibles.

Pero el acontecimiento que marcó no ya un distanciamiento, sino una ruptura con el modelo del socialismo soviético o “socialismo real” fue la invasión en 1968 de Checoslovaquia por la tropas soviéticas para aplastar el intento de realizar un “socialismo de rostro humano”, desburocratizado, en condiciones de libertad y democracia.

Y, de nuevo, la pregunta más inquietante: ¿cómo podía explicarse que un país que se llamaba socialista invadiera a otro socialista en nombre del socialismo? Y la respuesta afloraba en mí, sin estar todavía fundada, reflexivamente, en estos términos: “La invasión sólo podía explicarse porque ese país invasor, la Unión Soviética, no era propiamente socialista”.

IV

Ante las dudas, inquietudes e interrogantes que se habían ido acumulando tras los sucesivos acontecimientos se

imponía la necesidad de reflexionar sobre la naturaleza del socialismo, así como sobre su lugar dentro del desarrollo histórico.

Y la ocasión para ello llegó al ser invitado a los Cursos de Invierno de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM en 1970, junto con Roger Garaudy, Lezle Kolakovsky, Lucio Colletti y Edgar Morin, para elaborar el tema “Crítica de la utopía”.

Con este motivo di dos conferencias bajo el título “Del socialismo científico al socialismo utópico” que era una inversión deliberada del conocido opúsculo de Federico Engels: “Del socialismo utópico al socialismo científico”.

Per o no se trataba sólo de la inversión de un título, sino de esclarecer en qué consistía el verdadero carácter científico del socialismo y de rescatar su contenido utópico, sólo visto negativamente por Engels, con lo cual ambos aspectos —el científico y el utópico— lejos de excluirse, se conjugaban. Lo científico, a nuestro modo de ver, fundaba la posibilidad, no la realidad o inevitabilidad del socialismo. Lo utópico era lo que había en él de ideal, de objetivo: lo que no es todavía, pero puede ser si se cumplen las condiciones para su realización.

Se trata, pues, de dos concepciones distintas del socialismo: una, su concepción como producto histórico necesario que no es pero será, y cuyo advenimiento inevitable garantiza la ciencia, y otra, la concepción del socialismo como utopía, cuya realización, aunque posible, no es inevitable. Se hacía, pues, necesario pasar del “socialismo científico” que excluye la utopía, a un “socialismo utópico” que, lejos de excluir a la ciencia, la necesita para fundamentar la posibilidad de transformarla en realidad.

Tal era la conclusión a la que llegamos en nuestras conferencias, publicadas después con el mismo título: “Del socialismo científico al socialismo utópico”.

De ella se desprendía la idea del socialismo como proyecto, ideal o utopía, que venía a constituir uno de los aspectos esenciales del marxismo: el socialismo, pues, como proyecto necesario, deseable, posible y realizable.

v

Una vez caracterizado así el proyecto de una nueva sociedad socialista, se hacía necesario precisar los rasgos esenciales de esa sociedad que en la *Crítica del programa de Gotha* de Marx venía a ser la fase inferior de la sociedad superior, comunista. Por cierto, Marx fue siempre muy parco al describirla, pero con base en pasajes de diversos textos suyos de diferentes épocas podemos distinguir los siguientes:

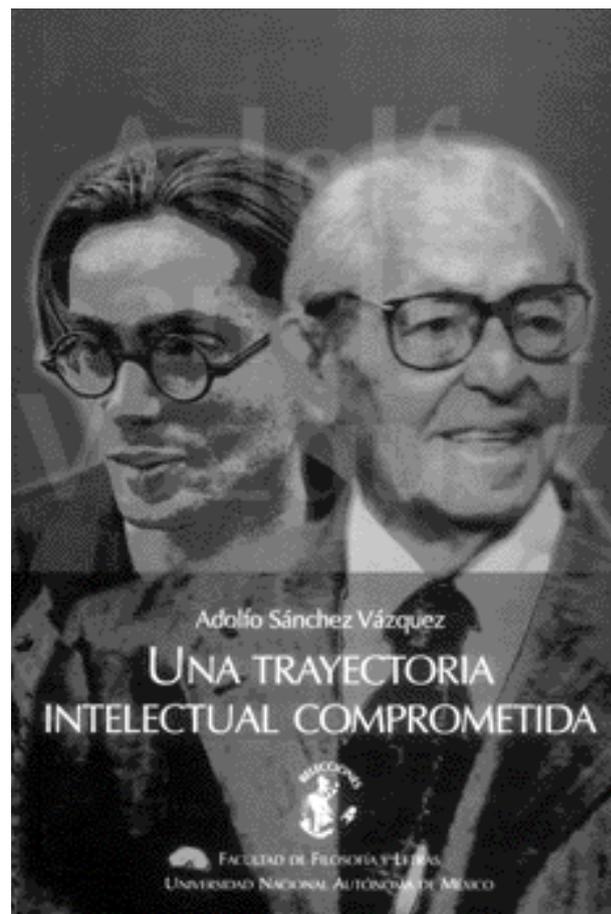
En primer lugar, y como condición previa, necesaria, la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción. Y, ya, como rasgos distintivos de la nueva sociedad, los siguientes:

- La propiedad social, colectiva (no estatal) sobre los medios de producción, lo cual no excluye otras formas de propiedad: personal, autogestiva, cooperativa, comunal, municipal, etcétera.
- Estado bajo control de la sociedad y no al margen de (o sobre) ella.
- Democracia real, efectiva no sólo en el terreno político, sino en todas las esferas de la vida social.
- Distribución de los bienes producidos conforme al principio de justicia “a cada quien su trabajo”.

Tales son los rasgos esenciales de la nueva sociedad que podemos deducir de textos de Marx como alternativa a una sociedad en la que rigen la propiedad privada sobre los medios de producción, el Estado de clase sobre la sociedad, la democracia —cuando existe— puramente formal y la distribución de la riqueza social concentrada en un sector privilegiado de la sociedad.

VI

Con la Revolución Rusa de 1917 tenemos, tras la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción y la destrucción del estado burgués, el primer



intento histórico de construir esa alternativa social al capitalismo, o sea: el socialismo.

Tras de haberse construido en una sociedad atrasada, y en las circunstancias internas y externas más adversas y a un ritmo acelerado la base económica industrial inexistente y emprenderse la construcción del socialismo, los dirigentes soviéticos proclamaron, y así quedó formalizado en la Constitución de 1936, que dicha construcción había llegado a su fin y que la sociedad socialista era una realidad.

Pero, ¿era verdaderamente tal? Ya señalamos nuestras dudas e inquietudes en este punto de vista de los diversos acontecimientos históricos. Ahora bien, el proceso histórico de la construcción del socialismo desembocó en la creación de una nueva sociedad que los dirigentes soviéticos proclamaron, desde mediados de los años treinta, como socialista, es decir, como la realización del proyecto socialista originario de Marx.

En diversos trabajos y, particularmente, en el titulado “Ideal socialista y socialismo real” presentado en el Encuentro Internacional en Venezuela, a fines de los años setenta, di una respuesta clara a la cuestión de la verdadera naturaleza del régimen soviético, señalando los rasgos esenciales de la sociedad soviética, como contrapuestos a los que antes consideramos como propios del proyecto socialista, originario, de Marx.

Los rasgos que, en dicho trabajo, se consideraban esenciales de esta nueva sociedad o “socialismo real” eran:

- Propiedad estatal, no social, sobre todo de los medios de producción.
- Estado omnipotente, fundido con el Partido único, en manos de una nueva clase: la burocracia estatal y del Partido.
- Ausencia de la democracia en todas sus formas.
- Posición privilegiada de la burocracia en la distribución de la riqueza social.

A la vista de los rasgos que antes hemos considerado propios del verdadero socialismo, llegábamos a la conclusión de que la sociedad soviética, pretendidamente socialista, no era tal. Se trataba de una sociedad atípica, ni capitalista ni socialista, surgida en unas condiciones históricas peculiares y adversas que no eran las que Marx consideraba necesarias.

Este socialismo que se proclamaba a sí mismo “realmente existente”, aunque tenía poco de socialismo, fue el que se derrumbó en la Unión Soviética, precedido de su derumbe en los países del Estado europeo desde 1989.

VII

El derrumbe del “socialismo real” —tan imprevisible como estrepitoso— provocó una conmoción mundial y

un verdadero desconcierto no sólo entre los comunistas que incondicionalmente lo seguían, sino entre amplios sectores de la izquierda. Y, al irse revelando su verdadera naturaleza, muchos incondicionales de ayer se preguntaban: ¿cómo explicarse que del proyecto de los revolucionarios rusos, al realizarse, resultara un nuevo sistema de dominación y explotación? ¿Y cómo explicarse que se derumbara como un castillo de naipes?

A estas preguntas traté de dar respuesta en mi ensayo, de 1992, “Después del derrumbe” en los términos —muy resumidos— siguientes.

La construcción del socialismo, después de la Revolución de 1917, se emprendió en un país atrasado —la antigua Rusia Zarista— con un débil desarrollo económico, industrial, capitalista, en el que la clase obrera venía a ser una isla en un océano campesino; un país asolado por la Guerra Civil y la intervención militar extranjera y aislado internacionalmente sobre todo después de la derrota de la Revolución Alemana. De este modo las condiciones internas y externas que Marx consideraba necesarias para transitar al socialismo, faltaban por completo.

Ahora bien, y por lo que toca a la base económica industrial indispensable, se consideró —que teniendo el poder— se construiría desde él.

Y, en cuanto a la falta del apoyo internacional necesario, se decidió que el socialismo podría construirse en “un solo país”.

Pero, la construcción de la base económica, industrial, a un ritmo acelerado, exigía enormes sacrificios de la población, que sólo podían imponerse con medidas coercitivas que desembocaron con Stalin en un régimen de terror. En esas condiciones de creciente limitación de las libertades, el poder político quedó en manos de una nueva clase —la burocracia estatal y del Partido— que, en nombre del socialismo, monopolizaba el sistema que ella proclamaba como “socialismo realmente existente”.

Y éste fue el sistema que se derrumbó como un gigante de pies de barro, al no poder soportar el desafío económico y militar que le impuso tenaz y agresivamente el capitalismo, no obstante, la prioridad que el gobierno soviético dio a su política militar y a su economía de guerra con los consecuentes sacrificios de la población, lo que determinó, a su vez, que nadie se echara a la calle para mantener en pie al “socialismo real”.

VIII

El derrumbe del “socialismo real” ha tenido —entre otras graves consecuencias— la de construir la bipolaridad de la “Guerra Fría” en la hegemonía mundial, por el dominio unilateral de una potencia capitalista —los

Estados Unidos— alimentándose con ello la patraña de un victorioso y eterno capitalismo y el fin del socialismo.

Ante esto, incluso esforzados luchadores de ayer, ante el fracaso del primer gran intento histórico de construir el socialismo, y ante los sacrificios frustrados, se preguntan desencantados: ¿vale la pena el socialismo?

En los años noventa hemos dado respuesta a estas interrogantes afirmando que, lejos de haber llegado a su fin, y dado que los males del capitalismo se han agravado, amenazándonos incluso con hundirnos en una nueva barbarie, una barbarie que ni Marx ni Rosa Luxemburgo podían sospechar: la que amenaza a la supervivencia misma de la humanidad y que por todo el socialismo lejos de haber llegado a su fin, lo necesitamos hoy más que nunca.

En consecuencia, y por todo ello, sí vale la pena luchar por el socialismo. Pero, ¿es viable? Ante esta inquietante pregunta hemos reconocido, en diversos trabajos, y ante la desmoralización de muchas conciencias y de la falta de acción después del “derrumbe”, que el socialismo no sólo no está a la vista, sino que ni siquiera se plantea como un objetivo a mediano o largo plazo, dentro de la izquierda, aunque hay que registrar el crecimiento de un rechazo a la depredadora y belicista ofensiva del capitalismo globalizador. Pero habrá que recorrer todavía un largo camino hasta que esa creciente conciencia anticapitalista sea también de la alternativa al capitalismo. Una alternativa que ha de tomarse en cuenta —a diferencia del socialismo originario de Marx— no sólo ha de proponerse como transformación radical de las relaciones entre los hombres, sino también de las relaciones entre el hombre y la naturaleza. Puesto que el desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas conduce a la destrucción de la base natural de la existencia humana, ya no se trata de continuar limitadamente ese desarrollo, que estaría bajo el socialismo al servicio de toda la sociedad, sino de limitarlo y controlarlo para poder así servirlo.

Pero, para que ese socialismo —que no es inevitable— se realice, es preciso que los hombres tomen conciencia de su necesidad, se organicen y actúen para ello. Y si las condiciones para que se dé esa alternativa son adversas en el presente, no hay que esperarlas con los brazos cruzados.

Toda acción contra las injusticias y depredaciones del sistema capitalista contribuye a debilitarlo y, en esa medida, despeja el camino a su desplazamiento por su alternativa: el socialismo.

IX

Llega a su término este ensayo y con él una trayectoria intelectual comprometida. Se trata de un final que es



Jusep Torres Campalans, *El sabio*, 1912

un comienzo porque el socialismo ha estado presente desde el principio a lo largo de toda nuestra exposición, como hilo conductor a través de toda ella.

Por ello, para reafirmar esa presencia, citaré unas palabras mías que escribí hace veinte años y que hoy reafirmo:

Muchas verdades se han venido a la tierra; ciertos objetivos no han resistido el contraste con la realidad y algunas esperanzas se han desvanecido. Y, sin embargo, hoy estoy más convencido que nunca de que el socialismo —vinculado con esas verdades, esos objetivos y esas esperanzas— sigue siendo una alternativa necesaria, deseable y posible.

Sigo convencido, asimismo, de que el marxismo —no obstante lo que en él haya de criticarse o abandonarse— sigue siendo la teoría más fecunda para quienes están convencidos de la necesidad de transformar el mundo en el que se genera, hoy como ayer, no sólo la explotación y la opresión de los hombres y de los pueblos, sino también un riesgo mortal para la supervivencia de la humanidad. Y aunque en el camino para transformar ese mundo presente hay retrocesos, obstáculos y sufrimientos que, en nuestros años juveniles, no sospechábamos, nuestra meta sigue siendo ese otro mundo que, desde nuestra juventud, hemos anhelado. [1]

Este texto pertenece al libro *Una trayectoria intelectual comprometida* publicado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 2006.